

La sombra

Yolanda Martínez Adrover



Capítulo 1

La sombra

Era tarde, sobre las once de la noche, cuando la joven abandonó el supermercado donde solía trabajar de lunes a sábado. La noche era fresca y la luna iba menguando, pero todavía alumbraba las calles por donde ella transitaba. El río que pasaba por la ciudad permanecía sosegado, con la mangata quieta y hermosa. Estaba deseando llegar a casa para darse una ducha y después tomar una buena cena. Quería acostarse lo antes posible, al día siguiente debía ir a un entierro por la mañana. Recordaba haber oído hace un par de días sonar las campanas con toque a muerto. El sepelio era en su mismo pueblo, lo que le permitía acercarse a pie hasta la iglesia. No pasaría por el tanatorio porque odiaba esos lugares. Además, le daba reparo acercarse a la familia para darle el pésame, no sabía cómo hacerlo. Digamos que prefería otro tipo de celebraciones más festivas y de buen ánimo, con las emociones dolorosas no se manejaba. La joven conocía al finado, en su juventud habían tomado algunas cervezas y habían salido de fiesta juntos. Desde entonces no lo había vuelto a ver, pero guardaba buen recuerdo de él. La noticia de su muerte la conmocionó, ambos apenas llegaban a la treintena. Y el cómo sucedió también la sobrepasó. Fue un accidente practicando una de sus aficiones favoritas: el paracaidismo.

Se metió en la ducha y disfrutó del agua corriendo por su piel, bien caliente, lo cual le ayudó a descargar por completo las tensiones de aquella jornada de trabajo. Al acabar, exprimió su pelo con la toalla, se puso el pijama y se peinó. Decidió sobre la marcha hacerse un sándwich ya que tenía todos los ingredientes y era de fácil elaboración. Cuando se disponía a hacerlo, sonó el timbre de su casa. La joven se extrañó de que alguien llamara a esas horas, ya era medianoche, pero se enfundó la bata de casa y decidió abrir. Cuando desplazó la pesada puerta no encontró a nadie por allí. Asomó la cabeza dejando medio cuerpo dentro, miró a ambos lados, pero no vio rastro de ninguna presencia. Qué extraño. Incluso salió fuera para comprobar si la cancilla del portal había sido abierta para entrar en el recinto de su vivienda, pero ésta se encontraba cerrada. Cuando se giró para volver sobre sus pasos, le pareció ver una sombra entrar flotando rápidamente. Meneó su cabeza y se convenció de que ya era tarde y debía de estar muy cansada, por ese motivo le parecía

ver cosas raras.

Entró en su domicilio y continuó con la preparación de su sándwich. Cenó tranquilamente viendo la televisión y cuando un bostezo le sobrevino, apagó el aparato y se fue al cuarto de baño a lavarse los dientes. Posó sus gafas en la repisa de mármol y se enjuagó la cara. Con gotas en su facie, se irguió y cogió la toalla con las manos para secarse, cuando de repente, otra vez aquella sombra pareció pasar por detrás de ella. La joven consiguió advertirla pues la vio reflejada en el espejo. Se asustó y volteó todo su cuerpo para saber si estaba completamente sola o si por el contrario había alguien más. Pero de nuevo no había nada ni nadie.

Con el susto todavía en el cuerpo, se desplazó hasta su dormitorio encendiendo todas las luces a su paso. Se metió en la cama apoyando su espalda contra la pared con una almohada y sacó su libro de lectura. Solía leer unas cuantas páginas para conciliar el sueño. Y éste no tardó mucho en venir, pues otro bostezo le sobrevino cuando sus párpados caían pesadamente. Cerró el cuaderno, apartó la almohada y apagó la lámpara que reposaba en la mesilla de noche. Enseguida se durmió.

Eran las cuatro de la madrugada, la chica descansaba plácidamente cuando algo pareció acariciarle el pie que tenía colgando fuera de la cama. La joven se asustó y se despertó de inmediato. No sabía si había sido real o soñado, pero rápidamente intentó meter su pie de nuevo bajo las sábanas. No lo consiguió. Éste no se movía. Entonces algo pareció acariciar su pelo. Ella se aterrorizó y escondió su cabeza bajo la manta. Así estuvo unos minutos hasta que se tranquilizó y consiguió estirar su brazo tembloroso poco a poco para prender el interruptor de su lámpara, pero ese algo, volvió a rozarle el brazo con una temperatura fría, tanto, que de repente sintió como si su brazo se helara. Encendió la luz y saltó de la cama volteándose para ver qué había a su espalda, y otra vez esa sombra pareció desplazarse fugazmente a través de la puerta del dormitorio. Lo que fuera que era, aquella cosa flotaba, se movía sin hacer ruido y parecía una mancha negra borrosa.

La muchacha, con el poco valor que le quedaba se dirigió hacia la puerta para abrirla y seguir a ese ser que cohabitaba en su casa. Al ir hacia la puerta, pasó por el espejo que tenía a la entrada, un espejo alargado donde podía ver toda su figura gracias a la inclinación que tenía. Pero lo que vio de pasada la embargó de pavor. Su cuerpo, su silueta, ino

aparecía reflejada por ninguna parte! Se giró de un lado y de otro, pero no salía nada en aquel espejo. La chica miró sus manos. Las volteó. Se miró de los pies al pecho y se veía a sí misma perfectamente, pero cuando erguía su cabeza y la enfocaba hacia el espejo, allí nada aparecía.

El día siguiente amaneció con escarcha, era una mañana fría de principios de marzo. Una bandada de cuervos sobrevoló el campanario. Se alejaron emitiendo unos graznidos. Las campanas repiqueteaban dando las nueve. El encargado del cura colocaba, como todos los días, las esquelas de los fallecidos que iban a ser enterrados ese mismo día. El hombre, con pesar, emitió un suspiro mientras clavaba las cuatro chinchetas que fijaban la de hoy diciendo: qué pena, se van dos jóvenes que apenas llegaban a la treintena.